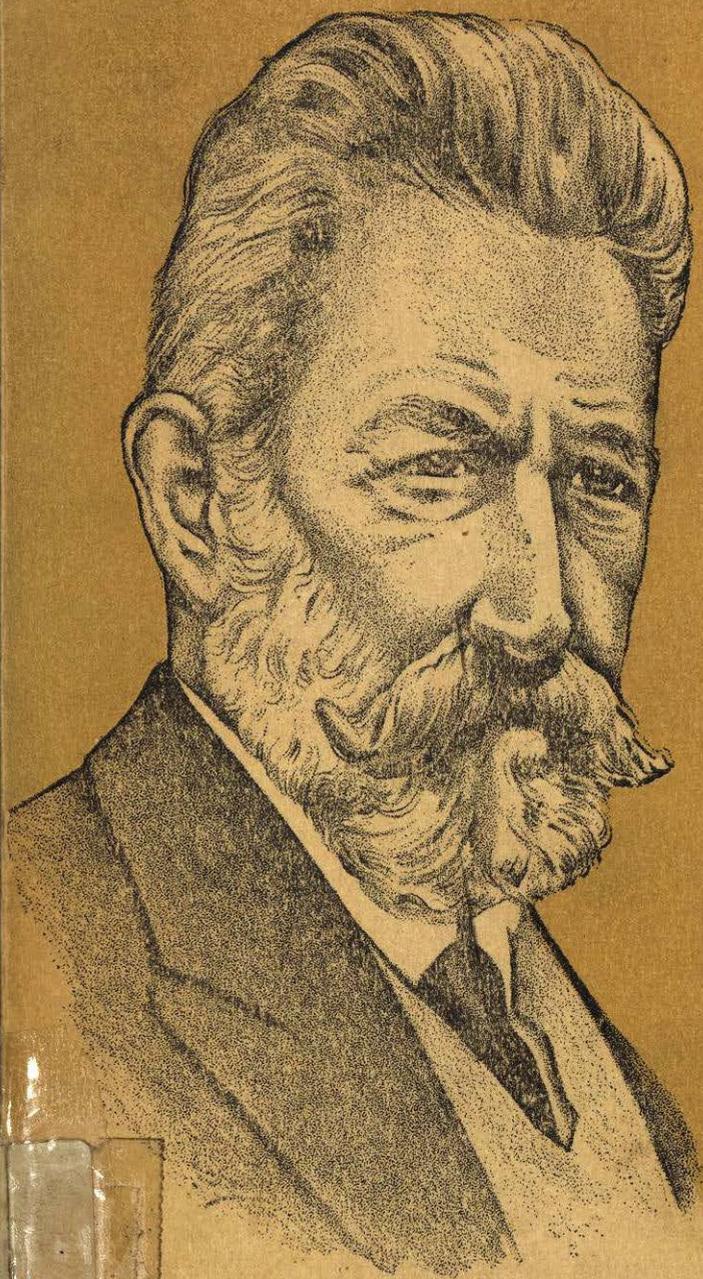


JOSE ARRESE



PROSAS RIMADAS

297

Handwritten text on a long, narrow strip of aged paper, possibly a book spine or endpaper. The text is faint and appears to be a list or index of items, with some characters resembling 'S', 'A', 'P', and 'L'.

PQ7 297  
A7  
P7  
3

00  
71



1020110434

*Inter. folio*

JOSE ARRESE

PROSAS RIMADAS



Biblioteca de la Universidad de Matamoros

PRIMERA EDICION 1964

IMPRESION DE EL PUERTO DE MATAMOROS  
H. MATAMOROS, TAMPS.

IMPRESION 1969 - MONTERREY, N.L.

51387 1-2

63  
A.

JOSE ARRESE



PROSAS RIMADAS



*Capilla Alfonsina  
Biblioteca Universitaria*

PRIMERA EDICION 1904

IMPRESA DE "EL PUERTO DE MATAMOROS"  
H. MATAMOROS, TAMPS.

REIMPRESION 1959 — MONTERREY, N. L.

51837 47543



## PROLOGO

## Auto-Crítico-Biográfico

Es antiquísima costumbre que las colecciones de versos vayan precedidas, ya de un prólogo encomiástico escrito por un literato amigo del poeta, ya de una biografía del autor o ya de un juicio crítico de las composiciones. No me faltaría un amigo que confeccionara el prólogo, la biografía o la crítica, y pudiera ser que encontrara tres amigos que manufacturasen las tres cosas; pero como los tres serían amigos míos, mi prologuista me dispararía tres o cuatro encomios, mi biógrafo inventaría dos o tres anécdotas para darle algún interés a su producción, mi crítico pondría de bulto las imaginarias bellezas o bondades que creyera encontrar en mis versos, dejándose en el fondo del tintero las deformidades y los defectos; y todos tres tendrían que devanarse los sesos buscando elogios inmerecidos, hechos falsificados y bellezas que brillan por su ausencia.

Para no ponerlos en semejante compromiso, y no obstante aparezca el indispensable preámbulo a la cabeza de mis columnas de ataque contra la paciencia de los lectores, lo haré yo mismo, y voy a escribir una autobiografía y una autocrítica que unidas for-

marán el prólogo y serán una trinidad perfecta, como la misteriosa trinidad divina: el prólogo será crítico-biográfico, la biografía prólogo-crítica y la crítica prólogo-biográfica: total, tres embrollos distintos y un sólo galimatías verdadero.

Pero obtendré también tres ventajas distintas y hasta diferentes: no molestaré a nadie, llenaré la fórmula sacramental, y haré un libro mío, exclusivamente mío, desde la cruz a la fecha, pues hasta voy a ser mi propio editor. (1)

Todo esto le dará al folleto alguna originalidad, ya que no la hay en los pensamientos que contiene.

Manos a la obra.

Nací el día 21 de Enero de 1851 en la Ciudad de Monterrey, hoy floreciente; pero que entonces no pasaba de una aldea grande, a pesar de ser la Capital del Estado de Nuevo León.

Mi padre, don Juan de Dios Arrese, era Administrador Principal de Correos, empleo que heredó de mi abuelo y desempeñó desde su juventud hasta la guerra de Intervención, origen de todas las desgracias de la familia y por consiguiente mías.

Con decir que mi padre era empleado queda dicho que era pobre, y no podía darme otra educación que la que yo pudiera recibir en mi ciudad natal, pues el sólo viaje a la Capital de la República valía un Potosí, los que se atrevían a emprenderlo se ponían antes en Gracia de Dios y mi madre, que me tenía ver-

(1) El Autor era propietario en 1904 de la imprenta donde editaba su periódico "El Puerto de Matamoros."

dadera adoración, no se hubiera separado de mí sin costarle la vida.

Pero quiso mi buena estrella que cuando tenía yo siete años y sabía leer, escribir y contar, cosas aprendidas en mi casa más bien que en la escuela adonde concurría, llegara a Monterrey, sin que nadie supiera cómo ni de dónde, el sabio español Don Fernando Velarde, quien bajo la protección del Gobierno estableció un colegio de educación secundaria que, a juzgar por mis recuerdos, difería poco o nada de los colegios particulares del día.

Era Gobernador del Estado Don Santiago Vidaurri, cuya defección de las filas liberales fué siempre inexplicable para mí, pues militó en ellas desde joven, y a sus dotes administrativos y sus virtudes de gobernante debió N. León la primera etapa de su engrandecimiento.

Una buena prueba de ello fué la acogida que dispensó al Sr. Velarde, una vez convencido de sus aptitudes y cualidades: llamó a todos los amigos que podían pagar buenas colegiaturas por sus hijos, y les recomendó que los enviasen a matricularse para instalar el nuevo plantel, que en pocos días contaba con más de cien alumnos. Mi padre fué uno de los primeros en contribuir con mi pequeña personalidad para la fundación del colegio, su director me manifestó desde luego especial simpatía, y acabé por ser su alumno mimado.

Don Fernando era, como suele decirse, un hombre cuadrado: en ningún arte o ciencia era profano, y me transmitió las nociones de todas ellas, en la dosis que podía soportar mi cerebro tierno aún; pero con especialidad las de idiomas muertos y español, para

enseñar el cual se valía de una gramática de que era autor y abarcaba desde la ortología hasta la Poética.

Tres años duraron mis estudios al lado de aquel maravilloso educador, y al cabo de ellos me hizo sufrir un acto público, como se llamaban los exámenes, que sustenté en todas las materias de enseñanza durante tres horas consecutivas, obteniendo un éxito completo: la numerosa concurrencia me aplaudió, mis padres, locos de contento, dieron una fiesta de familia en honor mío, y mi maestro me premió con un lujoso ejemplar de sus *Cánticos del Nuevo Mundo*, en cuya primera hoja se leía en elegantísimos caracteres (Don Fernando era también un gran calígrafo) esta dedicatoria, que no olvidaré nunca a pesar de que el tomo de poesías desapareció hace mucho tiempo: "A la aplicación y muy distinguido talento de mi muy amado discípulo Don José Arrese".

Pero ¡Ay! la fortuna es una divinidad caprichosa que vuelve la espalda con la misma facilidad que prodiga sus sonrisas: Don Fernando desapareció tan misteriosamente como había llegado, y hasta la fecha se ignora donde fué a terminar su laboriosa existencia; y debe haberla terminado ya, porque hace de esto cuarenta y tres años y era un hombre que debería tener cuando menos otros tantos.

Unos dijeron que era un jesuita exclaustrado, otros que un republicano desterrado de España, los de más allá que era sencillamente un aventurero. . . . poco me importa lo que fuera, socialmente considerado, yo sólo sé que era un sabio, un poeta y un maestro; que me quiso mucho, y que me siento feliz al tributarle público testimonio de reconocimiento con-

signando su nombre en estas páginas, colocadas al frente de mis humildes versos, fruto de la semilla que él sembrara en el terreno virgen de mi imaginación infantil.

Convencido mi padre de que el Sr. Velarde no volvería, me hizo matricular en el Colegio Civil donde conforme al plan de estudios de aquellos benditos tiempos perdí tres años de mi vida repasando el *Nebrija* y olvidando lo poco que había aprendido.

Entre tanto, después de violar los tratados de Soledad, el ejército francés empezó a invadir el país y el Gobierno de la República su penosa peregrinación hacia el Norte: el día 12 de Febrero de 1864 (recuerdo que caía una lluvia torrencial) el héroe de la Reforma entraba en Monterrey, teniendo que retroceder a los tres días para el Saltillo a causa de la actitud hostil de Vidaurri que ya se hallaba en arreglos con Bazaine; el 25 de Mayo el rebelde abandonó la Ciudad y se dirigió a Piedras Negras donde cruzó el Bravo; la Capital de Nuevo León fué ocupada otra vez por el Gobierno legítimo y abandonada luego al francés.

Como en aquella tormentosa época no había ferrocarriles ni telégrafos la comunicación rápida se hacía por extraordinarios violentos. Eran estos, hombres a caballo que corrían la posta reventando cabalgaduras y reventándose ellos mismos, y que los jefes de la plaza, ya mexicanos, ya extranjeros; ya liberales, ya imperialistas; pedían con exigencia, con altanería y a veces con atropello de la oficina y del hogar. Mi pobre padre era una especie del blanco sobre el que todos tiraban, y tenía que cumplir las con frecuencia descabelladas órdenes de invasores, liberales y traidores sin tener los medios para ello.

La situación era insostenible: no podía tomar las armas a consecuencia de extraordinaria obesidad... ¿qué medida debía adoptar? la única posible, huír con toda la familia hacia un centro populoso donde no fuera conocido.

Aprovechó uno de tantos días en que la ciudad no tenía autoridades, y emprendimos el viaje hasta México, abandonando nuestra casa y menaje, y allá permanecemos llevando una vida obscura y miserable hasta el triunfo de las armas republicanas.

Volvimos a Monterrey... ¿pero qué había sucedido?

Los traidores declararon a mi padre liberal, por haber abandonado su empleo; y los liberales lo declararon traidor, por haber sido amigo de Vidaurri; unos y otros se apoderaron de nuestros muebles, o los destruyeron; y la casa (que por cierto es hoy una de las más valiosas por su situación, belleza y comodidad) fué ocupada como cuartel por los otros y los unos y casi derribada.

Pesaba sobre ella una hipoteca de 4000 duros que mi padre había pedido para subvenir a nuestras necesidades durante tan prolongada penuria, y cuando le fué devuelta, se apoderó de ella el acreedor, y puesta en pública subvasta, el valor de su venta apenas fué suficiente para cubrir la deuda. Hoy no la dará seguramente su poseedor por cuarenta mil. ¡Benditos sean los designios de la Providencia!

La desesperación y la pena, más que una enfermedad crónica del estómago contraída en México a consecuencia del hambre sufrida durante el sitio, mataron a mi madre el 21 de Mayo de 1868, a mi pa-

dre el 8 de Agosto de 1869 y el 28 del mismo mes a mi tío Don Miguel, su hermano fidelísimo que vivió siempre a su lado y compartió con él sus desgracias.

Quedé solo en el mundo sin otra compañía que un hermano cuatro años menor que yo; pero fué recogido por su padrino, rico hacendado de San Luis Potosí, y yo, no queriendo serle gravoso, rehusé la protección que también me brindaba y me eché a vivir.

Tenía yo diez y ocho años, y... ¡el mundo es tan grande!

Recorrí la República sin hallar lugar donde fijarme, y en Enero de 1871 vine a Ciudad Victoria, siendo Gobernador de Tamaulipas el General Don Servando Canales, que era mi tío en segundo grado por la línea materna, y por quien fuí recibido cordialmente y colocado en el Gobierno, llegando a ser honrado con el desempeño de su secretaría particular.

Pero sobrevino la revolución de Tuxtepec: yo tenía horror a la guerra ¡Vaya si lo tenía, y si tenía razón para tenerlo!

Emigré a Cuba. Allí también había guerra; pero en La Habana no se sentía. Aquel heroico pueblo luchaba por su libertad que tantos años debía esperar para conseguir.

En aquella privilegiada tierra, donde la Naturaleza atesoró todo cuanto tiene de bello y rico, permanecí por más de cinco años estudiando y trabajando, y acaso no hubiera vuelto, si la nostalgia y el amor no me hubiera empujado hacia la patria.

Desde muchacho había entregado mi corazón a una niña casi de mi edad, hija de un primo de mi padre y ahijada de mi madre; nuestras amorosas relaciones habían resistido al tiempo y a la ausencia; yo entraba en la edad de la reflexión, era tiempo de casarnos.

Regresé a México a mediados de 1878, vine a Matamoros a principios de 1879 y fui acogido por mi tío Servando (entonces General en Jefe de la Zona Militar) con su acostumbrada bondad y colocado de nuevo en el Gobierno, que accidentalmente se hallaba en este puerto.

En Diciembre del mismo año fui a Monterrey a unir mi destino al de mi amada, volviéndome inmediatamente a desempeñar mi empleo.

Aquí he vivido desde entonces, aquí han nacido y viven nuestros tres hijos y aquí creo tener que pagar el tributo a la madre tierra.

Si evocara los recuerdos de mi vida de soltero, podría escribir muchos capítulos de novela para amenizar a mis lectores la monótona relación de una existencia tan vulgar; pero hay un pequeño inconveniente, y es que no escribo estos apuntes para ellos, sino para mis hijos a quienes dedico este libro que casi, casi no se edita más que para satisfacer un capricho suyo. Si alguien ha tenido la paciencia de leer hasta aquí y quiere seguir leyendo cúlpese a sí propio del fastidio que le cause la lectura de lo que sigue.

Hacer el juicio crítico de una obra ajena, aunque parece fácil, es una tarea peligrosa y ardua, porque el criticado no agradece los elogios, y así consi-

dera las censuras injustas o necias, y quizás hijas de la envidia del crítico; y he aquí otra grandísima ventaja que obtengo criticándome a mí mismo: yo no me puedo resentir con mi propio individuo por sus censuras, y puedo llegar (que no llegaré porque harto lo ha hecho mi mala fortuna) hasta satirizarme sin peligro de ofenderme; y si me viene en mientes la mala tentación (que hay tentaciones buenas) de elogiarme, a lo más resultaré inmodesto.

De las composiciones que forman este tomito, puedo decir sin fingida modestia que son malitas; pero ¡corren tantas por ahí del mismo jaez! y hasta más peores como suele decir un amigo mío, (en memoria de haber visto en letras de molde este peregrino comparativo) que las mías no harán más que aumentar el número de estulticias que hoy son moneda corriente en libros y periódicos.

Si alguno las compra y las lee, bueno, y si le agradan más mejor, mejorísimamente.

Por los apuntes biográficos que anteceden puede verse que, salvo las preciosas enseñanzas de Don Fernando Velarde, recibidas de los siete a los diez años de edad, no he tenido más que las adquiridas en los libros y en los viajes: la propia observación, el estudio de los modelos y la trasmisión de mis pocos conocimientos a mis discípulos han sido mis maestros; por lo demás, mis versos nunca tuvieron otro objeto que distraer mis ratos de ocio, o llenar tal o cual exigencia del empleo que desempeñaba; por eso se encontrarán muchas composiciones patrióticas y escolares.

Algunas de ellas datan de la dichosa edad en que los primeros amores exaltan la fantasía: prueba de ello

es un acróstico (¡qué principiante no ha compuesto acrósticos!) que inserto porque lleva el nombre de la amada de toda mi vida, y fué la primera que vió la luz pública; hay también un soneto cuyas palabras todas empiezan con la letra M: estos no son más que juguetes insustanciales, verdaderos ejercicios gimnásticos de imaginación que no merecen el nombre de poesía. Todas las de mi libro están plagadas de prosaísmos, epítetos impropios, ripios, versos cacofónicos y cojos, pensamientos vulgares y hasta tiviales, etc. etc.

Sin embargo, para que no se me tache de modestia falsa, que es la manifestación más cargante de la vanidad, y de que no me elogio aunque sea un poquito para que la crítica sea completa, diré que no tienen esa ampulosa rimbombancia que hoy se estila, ni ese cúmulo de neologismos estupendos del decadentismo de moda. Creo que mis versos dicen lo que yo quise decir. Si alguno me juzga fatuo o presuntuoso por ello me deja sin cuidado, como dicen en Cuba. Los escribí para distraerme y los doy a la estampa por la razón de las mujeres: PORQUE SI por que me da la real gana y para ello me faculta el artículo 7o. de nuestra carta fundamental.

*Caere  
Arrese*

ALBUM  
DE  
ULTRATUMBA

✻